

la Artillería Coronel Palacios, cayeron acibillados por las balas enemigas. Comenzó a cundir el desconcierto entre los nuestros, el Gral. López Uraga con sus fuerzas cargó a la bayoneta, con todo brío, pero fueron arrollados por un enemigo superior; en vano los jefes trataron de contener a la tropa que se desordenaba; todo fué inútil, las tropas "rodaron materialmente por la pendiente opuesta del cerro, atropelladas por la multitud que, como un torrente, se despeñaba desde la altura".

"Sobre la cumbre del cerro se veía en medio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como una capa blanca, por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo como la erupción violenta de un volcán, arrojando lavas y cenizas de su seno y derramándolas sobre su superficie".

"Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los americanos al derredor de la cima del Telégrafo flameaba aún nuestro pabellón abandonado. Pero bien pronto en la misma asta, por la parte opuesta se elevó el pabellón de las estrellas, y por un instante flotaron entre ambos confundidos cayendo por fin el nuestro desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grito confusa de los vencidos" (37).

Pero todavía no concluía la batalla. El valiente Capitán de Navío Godínez, comandante del centro, ordenó que no se hiciera fuego sobre los enemigos, y cuando estuvieron a distancia favorable, una ráfaga de fuego los segó, haciendo entre ellos terribles estragos, obligándolos a huir atropelladamente, sin embargo, la posición fué arrollada; el Gral. Canalizo no pudo cargar con la caballería por lo difícil del terreno y los esfuerzos de los bravos oficiales Robles, Malagón, Argüelles y Holzinger resultaron estériles, perdiéndose el centro, la derecha mandada por los Generales Díaz de la Vega, Jarero y Pinzón, se sostuvo

ron hasta las once, pero no teniendo por donde retirarse se rindieron a discreción.

"Roto ya todo vínculo de mando y de obediencia entre los nuestros, obraba sólo el deseo de salvación, y agitándose en un espantoso remolino, se agolpaban desesperados al estrecho paso del desfiladero que baja a Plan del Río, por donde el General en Jefe se había dirigido con los jefes y oficiales que lo acompañaban. Horrible era el descenso por aquella vereda estrecha y escabrosa, por donde se precipitaban miles de hombres disputándose el paso desesperadamente y dejando un reguero de sangre sobre su camino. Confundidas las clases todas, perdidos el prestigio y el pudor militar, los distintivos se habían convertido en insignias sarcásticas que sólo gradúan la responsabilidad y la humillación. . . el Gral. Santa Anna, ceñudo y silencioso, dejando marchar casi libre su caballo seguido de toda aquella turba ensangrentada, descendió a lo más profundo de la barranca, pasó el río y encumbró la cima opuesta" (38).

La caballería fuerte en tres mil hombres huyó, sin intentar siquiera cubrir la retirada del resto del ejército, y su huida fué como si el enemigo les viniera picando las espaldas, pasaron por Jalapa, sin detenerse ni para tomar algún alimento.

El Gobernador D. Juan Soto, la Legisladora local y los empleados, abandonaron precipitadamente la población. Todo era confusión, los dispersos llegaron a las goteras de la villa, saquearon algunos tendajones y se embriagaron, en la noche los habitantes aterrorizados, escuchaban gritos de furor, disparos, y los golpes a las puertas de las casas y tiendas que intentaban abrir para saquearlas; para completar el trágico espectáculo la ciudad estuvo a oscuras y un torrencial aguacero cayó durante largas horas.

En medio del desastre, D. Juan Clímaco fué arrollado por los fugitivos, pero tan luego como le fué posible se apartó a un lado del camino, detuvo su caballo, allí con el traje en desorden y cubierto de polvo, pero el semblante se-



reno y la mirada enérgica, presenció tranquilamente el paso del desordenado ejército en fuga.

Al verlo algunos de sus viejos compañeros de correrías, se le fueron reuniendo, porque en él depositaban toda su confianza y estaban acostumbrados a seguirlo en los mayores peligros. Cuando terminaron de pasar los últimos fugitivos, Rebolledo se situó a una distancia de un tiro de cañón del campo de batalla, pasó revista a su pequeña hueste, eran únicamente 250 infantes y 60 lanceros (39).

En este punto permaneció tres días, recogiendo heridos y dispersos, sumando los primeros ciento sesenta y cuatro, a quienes mandó a Coatepec, en donde fueron curados y auxiliados por los vecinos. Rebolledo con dinero de su propio peculio, y el colectado entre sus soldados, auxilió a los dispersos y se dirigió a Coatepec, resuelto a seguir combatiendo al invasor (40).

D. Juan Clímaco llegó a Coatepec, marchando después a Orizaba, en donde se encontraba el Gral. Santa Anna, y tuvo la satisfacción de recibir el despacho provisional de Teniente Coronel de Caballería permanente y la patente de Comandante principal de la línea de guerrillas de Veracruz a Perote y el reglamento de las mismas (41).

Deseoso de proceder inmediatamente a combatir al enemigo, pasó con su gente a Huatusco, en donde el vecindario lo recibió muy bien, y lo auxilió con víveres, armas y municiones y algunos caballos (42).

En este lugar se le presentaron el célebre Fray Selitonio Domico de Jarauta, que tenía patente de Capitán de guerrilla, Rebolledo le dió catorce hombres y le ordenó que partiese luego para tierra caliente, a hostilizar al enemigo (43), y los tenientes Don Antonio García, su ayudante, y Don Ambrosio Alcalde.

La guerrilla de Rebolledo fué la mejor organizada, figurando en ella varios jóvenes de Coatepec y Orizaba, demostrando gran valor en las acciones de guerra y no cometieron los desmanes que hicieron odiosas a las que mandaban otros jefes, que fueron un verdadero azote para los

pacíficos vecinos y rancheros, que vieron en ellos un enemigo tan terrible y cruel como los mismos invasores.

Los guerrilleros atacaron denodadamente al enemigo, y desde los primeros días ya les habían arrebatado varios atajos de mulas; del 22 al 30 de mayo de 1847, Rebolledo, García y Jarauta, tuvieron diversos encuentros con el invasor matándole ciento dos hombres y quitándole ciento veintiséis caballos, veintiocho barriles de aguardiente, veintitrés bultos de mercancías, cuatro cajones de parque y seis carros (44).

El 31 del mismo mes, Rebolledo atacó a un destacamento americano, en Las Animas, haciéndole un muerto y tres heridos, recogiendo como botín doscientos caballos frisones y mulas (45).

Rebolledo supo que el día 5 de junio había salido de Veracruz, al mando del Coronel Mackintosh, un convoy compuesto de ciento veintiocho carros y quinientas mulas cargadas, que conducían trescientos mil o quinientos mil pesos y municiones de guerra. En vista de la importancia del convoy se reunieron todos los guerrilleros para atacarlo (46).

El convoy se movía lentamente, desde luego se notó falta de previsión y de orden que resultó en el acopio y distribución de raciones y forrajes; esto fué agravado por los terribles efectos del excesivo calor sobre los hombres del norte y que los carreteros mexicanos no entendían o parecían no entender las órdenes que eran dadas en lengua extraña.

Solamente habían caminado tres millas, cuando se abrió el fuego sobre el convoy, y para expeditar la marcha fué preciso abandonar algunos carros.

El segundo día de marcha se recorrió el trayecto de San Juan a Santa Fe, sufriendo un serio ataque, resultando dañados algunos carros, por lo que fué necesario trasbordar la carga a otros, sobrecargándolos, y durante el combate un carro fué saqueado por los guerrilleros.

Al tercer día, se continuó la marcha, las tropas se colocaron a la vanguardia, retaguardia y a los flancos, ocu-



pando una gran extensión. Al pasar por un lugar escarpado, recibió un terrible fuego de los guerrilleros mexicanos, apostados en las alturas. Mackintosh se vió obligado a combatir, destacó a varias compañías, que después de grandes esfuerzos pudieron abrirse paso. Llegando el 7 de junio a Paso de Ovejas, reducido el convoy a ciento cuatro carros y cuatrocientas diecisiete mulas, habiendo sufrido seis muertos y diecinueve heridos, sin contar los infelices carreteros mexicanos sacrificados.

Mackintosh se vió tan comprometido que pidió violentamente refuerzos a Veracruz, siendo alcanzado en este punto, el 11 de junio, por el Gral. Cadwaler, con quinientos hombres y dos obuses; este jefe tomó el mando del convoy.

Al llegar a Puente Nacional, se encontraron que los guerrilleros estaban fortificados en ese punto. La infantería invasora, apoyada por los dos obuses, ocupó bajo un fuego vivísimo los parapetos del puente, y las alturas de la derecha, por las secciones al mando de los capitanes Pitman y Hooker, teniendo una pérdida de treinta y dos hombres entre muertos y heridos. La acción se prolongó hasta las altas horas de la noche, en que el parque se les agotó a los guerrilleros, por lo que tuvieron que retirarse. Rebolledo, activamente consiguió el parque, por lo que sus fuerzas estuvieron en condiciones de reanudar sus ataques (47).

El día 13, los heridos americanos fueron enviados a Veracruz, y el convoy prosiguió su penosa marcha hacia Plan del Río, siendo tiroteado desde los chaparrales de los lados del camino; al llegar a Cerro Gordo, fué necesario ocupar las alturas tras ligeros combates el 14 de junio, y el día 15 llegó el maltrecho convoy a Jalapa.

Los guerrilleros se movieron con suma rapidez, y adelantándose a los invasores se posesionaron de La Joya, donde se apercibieron para atacarlos.

Al saber esto los jefes americanos, decidieron que el convoy fuera reforzado con toda la guarnición de la plaza, formada por la brigada del Coronel Childs, incluyendo la

batería del Capitán Magnider, quedando por lo tanto, la ciudad desamparada.

El convoy se puso en marcha el 18, llegando a La Joya, el 19, en donde pernoctaron. Al día siguiente al continuar la marcha fué atacado rudamente, en tal forma, que los carros suspendieron la marcha, y las tropas se prepararon para combatir al incansable enemigo. Los invasores hicieron avanzar a cuatro compañías al mando del Capitán Winder, reforzadas con otras dos a las órdenes del Mayor Dimick, que lograron flanquear a los guerrilleros, los cuales se replegaron a través del camino carretero, donde fueron atacados por la retaguardia, por el Coronel Wynkoop, comandante militar en Perote, quien de acuerdo con el Gral. Cadwaler había salido de Perote con doscientos cincuenta hombres, reforzados con los rifleros de Walker, y aunque hubo de combatir en las Vigas con las avanzadas del guerrillero Alvarez, aun tuvo tiempo de llegar oportunamente para derrotar a los mexicanos en La Joya.

El convoy acampó en Las Vigas el 20 de junio y a las doce del día siguiente llegó a Perote, en donde esperó al Gral. Pillow, con el cual salió rumbo a Puebla, en los primeros días del mes siguiente.

A mediados de julio, salió de Veracruz el Gral. Pierce con dos mil cuatrocientos hombres de todas las armas, y a pesar de ser respetables estas fuerzas fueron atacadas cinco veces en el trayecto de Jalapa a Perote, llegando a este punto el 10. de agosto de 1847.

Mientras tanto, la ciudad de Jalapa atravesaba por una situación calamitosa: el Ayuntamiento carecía de elementos para sostener a la policía y otros servicios públicos; teniendo además el terrible encargo de cuidar y amparar a los heridos y enfermos norteamericanos que no pudieron seguir a la guarnición que abandonó la plaza. Para ayudar al Ayuntamiento, el Gobernador del Estado ordenó que se le proporcionaran de Coatepec treinta hombres, cosa que no fué posible cumplir, por las razones que comunicó Don Francisco Polanco en su carta fechada el 15 de junio de 1847, que a la letra dice:



"Hoy he tenido el gusto de recibir su apreciable de esta fecha, y en respuesta tengo la satisfacción de decirles: que hallándose en este pueblo el Sr. Dn. Juan Climaco Rebolledo, con las guerrillas que le obedecen, le he manifestado su citada, y me encarga le participe a Ud. que esa Población no debe tener cuidado alguno respecto al temor que se tiene de que se cometan ecessos pr. estas fuerzas, y muy lejos de ésto, tratará de acercarse pr. allá pa. ausiliarlos en lo que sea posible, y que sobre la seguridad de los enfermos enemigos puede Ud. asegurar también que serán tratados conforme con las leyes de la naturaleza y de la civilización. Esta disposición y el estar la fuerza con que pudiera contar a las ordns. de dicho Sr. me priva, aunque con sentimiento, del deseo de mandar los 30 hombres que de oficio me previene el E. S. Gobernador, situe en esa ciudad, para la conservación del orden" (47-A).

Pronto le llegaron noticias a Rebolledo, de que un importante convoy se preparaba a salir de Veracruz, por lo que ordenó que se reunieran todas las guerrillas, aumentando el contingente, pues se decía que dicho convoy transportaba gran cantidad de dinero, destinado al pago del ejército invasor, reuniéndose alrededor de mil quinientos guerrilleros, número que luego decreció mucho.

El convoy estaba mandado por el Mayor Lally, comandante del 9o. de infantería; salió el 6 de agosto de 1847 de Veracruz, compuesto de un tren de sesenta y cuatro carros, escoltado por una brigada de mil hombres, de los cuerpos, 4o., 5o., 11o., 12o. y 15o. de infantería y cazadores, y dos compañías de caballería de los voluntarios de Georgia y Luisiana, trayendo una batería de dos obuses al mando del teniente Sears del 2o. de artillería, y en el camino se le agregaron a la compañía de infantería del Capitán Besanson y un piquete de voluntarios de Luisiana.

Lally dividió su fuerza, colocándola a la vanguardia y retaguardia, en el centro dejó una reserva de dos compañías y la caballería a los lados. Quedando la vanguardia al mando del Capitán Hutter del 6o. de infantería y la re-

taguardia a las órdenes del Capitán Winans, del 5o. de la misma arma.

El 10 de agosto llegó el convoy a Paso de Ovejas, en donde encontraron a los guerrilleros posesionados de unas ruinas en las alturas de la derecha del camino; pronto se generalizó el combate. Los obuses americanos ametrallaron las posesiones mexicanas, obligando a sus defensores a retirarse, pero durante más de una hora tuvieron que rechazar un vigoroso asalto, los capitanes Winans y Hutter, y el teniente Clinton Lear, teniendo dos oficiales y nueve soldados heridos.

El convoy continuó la marcha, encontrándose al llegar a Puente Nacional—12 de agosto—, que los guerrilleros estaban dispuestos a disputarles el paso. Lally organizó sus fuerzas en columnas, para lanzarse al ataque, a las doce y media del día, llevando dos piezas de artillería, movidas al brazo, bajo las órdenes de Lorings, Clark y Wiykings. Los atacantes fueron rechazados; por lo que se vieron obligados a colocar las piezas en unas alturas cercanas; desde allí bombardearon el puente, para preparar el asalto de la infantería, que avanzó apoyada por otra pieza de artillería al mando de Sears, y se desató un rudo combate que duró hasta las altas horas de la noche, logrando los invasores pasar el Puente y desalojar al enemigo. Al levantar el campo los invasores, encontraron que sus pérdidas eran, un oficial y doce soldados muertos, cuatro oficiales y cuarenta y tres soldados heridos; el oficial muerto era Twiggs, hijo o sobrino del general del mismo nombre.

El convoy estaba tan quebrantado, que Lally decidió esperar dos días, para ver si le llegaba algún refuerzo, pero al no recibirlo, emprendió la marcha llegando a Plan del Río el día 14 en la tarde, encontrándose con la desagradable sorpresa que el enemigo estaba fortificado en Cerro Gordo.

Los tenaces guerrilleros guarnecían los tres puntos salientes, que ocuparon las tres baterías de la extremidad derecha de nuestra línea defensiva en abril; además los parapetos a lo largo del camino a su izquierda, el chaparral



y las alturas de la derecha, entre la carretera y la que siguió Twiggs por el norte, la víspera de la batalla, y habían construido una sólida trinchera, de cuatro pies de espesor, a través del camino, como a trescientas yardas del cerro del Telégrafo.

Los norteamericanos se organizaron por el asalto; una columna al mando del Capitán Hutter, atacó las alturas de la derecha, y apoyada por la artillería las ocuparon. Tres compañías a las órdenes del Teniente Ridgely, llevando por guía al Teniente Clutz, de voluntarios de Pensilvania, atacaron las tres baterías del frente, logrando a las cuatro de la tarde, ocupar la del centro, sufriendo los disparos de un cañón de a 9, que por lo alto de la puntería no les hizo daño. Los atacantes concentraron sus fuegos sobre las otras dos baterías y los parapetos a lo largo del camino, haciendo huir a todos los guerrilleros, quienes abandonaron dos obuses de a 9, desmontados y clavados, y copiosa cartuchería de fusil.

La columna de Hutter procedió a ocupar las alturas de la izquierda, y en la noche el Teniente Leigh y sus cazadores destruyeron la trinchera. Este lugar fué fatal para los mexicanos porque los norteamericanos únicamente perdieron dos muertos y once heridos, siendo las bajas de los defensores muy numerosas.

El día 15 llegó el Dr. Cooper, escoltado por trece dragones de Luisiana, trayendo la noticia que se aproximaba un refuerzo, que había ya salido de Veracruz, resolviendo que saliera a encontrarlo el Capitán Besançon con cincuenta caballos, pero halló ocupado el Puente Nacional por los guerrilleros, por lo que se devolvió, resolviéndose entonces reanudar la marcha, lo que efectuó el 17.

El tren llegó en la tarde del 19, a la Hacienda de Las Animas, siendo atacado desde las alturas, atrincherados los guerrilleros en una cerca de piedra. Lally disparó su artillería con metralla, ordenó el ataque de la infantería, y tras un combate de más de una hora fueron derrotados los valientes guerrilleros. Los americanos tuvieron dos muertos y seis heridos, resultando herido de un balazo en

el cuello el mismo Lally, por lo que entró el mando del convoy, al Capitán Alword.

Lally envió al Teniente Russell, de su Estado Mayor, a Jalapa, para informarse de la situación que reinaba en la ciudad y era portador de una comunicación para el Alcalde Municipal. Los guerrilleros que estaban posesionados de la ciudad, se tirotearon con Russell en la calle Principal, y le hirieron, por lo que los americanos se retiraron precipitadamente a Las Animas.

El 20 de agosto, con todo género de precauciones, entró el convoy en Jalapa con una baja total de noventa y tres hombres, entre muertos y heridos, y trece desaparecidos, y con doscientos enfermos. En vista de su situación permaneció en Jalapa algún tiempo, para reorganizar sus fuerzas.

¿Qué es lo que había ocurrido con el refuerzo que había salido de Veracruz? Esta fuerza estaba compuesta de tres compañías al mando del Capitán Wells, llegando hasta Puente Nacional; al tratar de forzar la posición, sufrió un serio descalabro, pues se le hicieron cuarenta muertos y perecieron casi todas las mulas, por lo que se retiraron casi en fuga, abandonando cuatro o cinco carros.

En estos días, algunos soldados americanos fueron de paseo a Coatepec, en donde después de visitar algunas tiendas y cantinas, se embriagaron, cometiendo con los pacíficos vecinos toda clase de atropellos y aun ofendiendo el honor de algunas familias. Los habitantes indignados atacaron a la soldadesca, matando a uno e hiriendo a otro, y el resto emprendió la fuga. Sabido esto por el Jefe militar de Jalapa, dió orden de bombardear a Coatepec, pero pudieron evitarlo D. José Quirós y su íntimo amigo el Cónsul Americano en Jalapa, señor Diego Kennedy, pues lograron disuadir de su propósito al jefe militar.

Para fatalidad de Coatepec, pocos días después, ocurrió el mismo suceso, pero esta vez los soldados americanos cometieron peores tropelías con las familias humildes, cuyos familiares y parientes, indignados por los abusos, mutilaron a uno de los soldados borrachos y pasearon por el



pueblo en son de triunfo una de sus piernas, la que sepultaron en la "Poza de los Bejucos". Más que la primera vez se disgustó el Comandante americano, ordenando que saliera un grupo numeroso de sus soldados a incendiar a Coatepec. El señor Quirós de nuevo se dirigió a Jalapa, con la ayuda de Kennedy y venciendo grandes dificultades, obtuvo la orden de suspender el incendio de la población (48), pero fué demasiado tarde para evitar que un piquete de tropas saqueara algunas casas, principalmente la de D. Juan Clímaco Rebolledo, de la cual se robaron ocho caballos y veintitantas mulas (49), y al retirarse los saqueadores, mandados por el contraguerrillero Walker, asaltaron el templo del Sagrado Corazón de Jesús (50); seguramente algún traidor señaló para el atentado a este templo, porque había sido construído por el P. Antonio Mateo Rebolledo, hermano de D. Juan Clímaco, y la familia Rebolledo tenía especial empeño en la conservación y enriquecimiento del mismo, e indudablemente que los invasores deseaban tomar venganza de los duros castigos que les habían infligido los guerrilleros mexicanos. La soldadesca yanqui, al regresar a Jalapa, presentaba un aspecto estrafalario; beodos como estaban, apenas se podían tener en los caballos, y traían puestos los ornamentos y los vestidos de las imágenes del templo profanado. Esto ocurrió el 26 de agosto de 1847 (51).

Después de las jornadas guerreras antes relatadas, Rebolledo, acompañado de sus ayudantes, el Teniente del 11o. regimiento de infantería D. Ambrosio Alcalde, el Teniente de algún cuerpo de Veracruz, D. Antonio García, y el Capitán de la Guardia Civil de Jalapa D. Rafael Covarrubias, se retiraron a Jalcomulco para reorganizar sus fuerzas. En este punto se presentó una partida diciendo ser guerrilleros que se ponían a sus órdenes, para combatir al invasor.

En la noche del 19 ó 20 de noviembre de 1847, los recién llegados, de improviso se arrojaron sobre Rebolledo y sus acompañantes, que debido a la sorpresa, únicamente presentaron un conato de resistencia, viéndose finalmente

en poder de sus aprehensores, que resultaron ser los traidores que formaban una contraguerrilla yanqui (52). Pronto se presentó una columna volante norteamericana, para conducir a los prisioneros a Jalapa, quienes le robaron a Rebolledo, dos caballos, dos mulas y todo su equipaje (53).

Al llegar los prisioneros a dicha ciudad, era muy diferente la situación a la que prevalecía cuando los prisioneros tuvieron que abandonarla por el avance de los invasores.

Un inusitado movimiento se notaba en la ciudad, debido a la gran cantidad de dinero que circulaba, derramado por los ricos proveedores del ejército invasor, enriqueciendo a muchos comerciantes mexicanos y a los vendedores al menudeo que pronto se entendieron con los extranjeros, adoptando para tal cosa, un dialecto con vocablos y modismos especiales.

Los pacíficos vecinos sufrían todo género de molestias y atropellos, habiendo calles por las cuales no se podía transitar, principalmente en donde existían hospitales, en los "que el ruido estridente y casi continuo de la sierra, los gritos de los amputados, a quienes todavía no se aplicaba el cloroformo, y a la vista de los haces de piernas y brazos sacados para su cremación o enterramiento, aterrorizaban a los vecinos" (54). Las cercanías de los cuarteles eran inhabitables, debido a la suciedad que en ellos reinaba, "y no era raro ver desde las calles en los balcones baterías completas de vasos de barro destinados a los usos más bajos, formando contraste con los tiestos de flores de las jalapeñas" (55), y un testigo presencial nos contaba —muchos años hace—, que cuando era pequeño y asistía a un colegio situado frente a un cuartel, en el balcón del cual existía una de las mencionadas baterías, cuyos vasos estaban continuamente ocupados por soldados americanos, sentados con las espaldas hacia la calle, los muchachos al salir de sus clases se divertían en tirarles con cerbatanas, bolas de papel mascado, y cada vez que acertaban en el blanco, en lugar de causar la ira del que recibían impacto,